

Teniente Coherente

Jonay Méndez Márquez

Image not found.

Capítulo 1

Teniente Coherente

El soldado miró por encima del musculoso hombro que se había detenido frente a sus ojos. Delante de él, clavada en el suelo con cientos de botas manchadas de barro, se erguía una larga fila de personas. Todas miraban hacia un punto fijo en el horizonte, inundado por una extraña niebla que impedía poder ver a través. Cada dos segundos y medio, los pies marchaban al compás durante un efímero instante para quedarse de nuevo estancados en la misma posición. Le dio tiempo de tararear cinco canciones y el principio de una extremadamente larga, eso sumado a las continuas interrupciones rítmicas causadas por los repentinos pasos, hizo de la espera una incómoda eternidad.

Pero finalmente, tras reajustarse el casco (que le quedaba demasiado grande), y subirse los pantalones (que le quedaban demasiado holgados), el soldado vio alejarse al coloso que tenía delante y un chasquido le hizo girar su confusa mirada. A su derecha, con una mueca seria y unos ojos perdidos en la niebla, había un hombre con una gorra hacia atrás, unas gafas sin cristal y una camisa que llevaba un grupo de música desconocido para ambos. El soldado se quedó paralizado, esperando alguna orden, pero al ver que no sucedía nada, optó por iniciar una conversación. – ¿Dame algún arma, no?

Los ojos del imponente hombre parpadearon como las alas de un colibrí y se clavaron en los del impaciente soldado. – Trátame con respeto, soy Teniente Coherente.

El soldado titubeó. – Es un nombre bastante irónico para estar en plena guerra, señor.

El Teniente Coherente se tapó la cara con una mano. – Mi nombre no es Teniente Coherente, eso sería estúpido. Teniente Coherente es mi cargo, obviamente. Mi nombre real es Capitán Cabo Coronel Comandante Junior. – Tras una breve pausa y retomar el aliento, el Teniente se giró y comenzó a buscar en unas cajas vacías. – En cuanto a lo del arma... Lo siento, pero ya no me queda ninguna. Es curioso, no pensé que fuera a venir tanta gente.

El soldado oyó varios murmullos exaltados a sus espaldas y soltó un bufido. – Lo realmente curioso es que haya tanta gente y nadie sepa por qué está aquí. ¿Usted lo sabe, señor? ¿Sabe por qué luchamos?

-El cielo parece nublado, debería haberme traído otro paraguas.

El soldado se recolocó el casco, que estuvo a punto de caerse tras sacudir su cabeza. – Señor, creo que no me ha entendido. ¿Por qué empezó esta guerra?

-Me gusta matar cangrejos... ¿Por qué? Porque son cangrejos. Aunque si te vendas los ojos, son adorables. Aunque nadie quiere pasar toda su vida con los ojos vendados, la verdad.

El soldado apartó la mirada y soltó un suspiro que se unió a los susurros de los otros que estaban esperando para ser armados. – Señor, ¿me está entendiendo?

-Sí, ya te he dicho que no tengo armas.

-¿Pero por qué necesito esas armas?

-Qué pregunta más estúpida, porque estás en una guerra.

-¿Y por qué estoy en una guerra?

-Yo que sé, porque te aburrirías en tu casa, supongo.

-No, vine porque usted me lo ordenó.

-Y si sabes por qué viniste, ¿por qué me lo preguntas?

El soldado imitó el gesto del teniente y se tapó la cara con una mano. – ¿No queda ningún arma?

El Teniente Coherente arqueó una ceja y le puso una mano sobre el hombro. – ¿Es que estás sordo? Te he dicho que no queda ninguna.

-¿Y ahora qué hago?

-Pues luchar, ¿no estás en una guerra?

El rostro del soldado palideció. – ¿Pretendes que entre en la niebla con las manos vacías? Me van a matar incluso antes de llegar.

El Teniente Coherente sonrió y le apartó con un contundente ademán. – ¿Y qué quieres, jugar a las cartas? La razón de tu lucha justifica tu sacrificio.

-iPero si no sé cuál es la razón de mi lucha!

El Teniente Coherente se dio media vuelta y volvió a mirar en las cajas vacías. – Eso es un problema. Pero no te preocupes, la razón de una guerra no sirve para empezarla, sino para terminarla. Cuatro simios golpeándose entre gritos es una guerra, y seguro que ninguno de ellos tenía razones políticas para comenzar. Pero en plena pelea, los cuatro tienen una razón de pelear... Ganar. – Tras una exclamación apremiante, el Teniente Coherente sacó una bolsa de plástico con varios objetos en su interior. – No es un arma... Pero te servirá. Venga, vete de una vez, que hay cientos de soldados esperando para ser armados.

El soldado cogió la bolsa y se giró hacia la larga fila que se extendía detrás de él. – Pero si no te quedan armas... ¿Cómo vas a armarles?

El Teniente Coherente dio varias palmadas y le empujó hacia adelante, obligándole a continuar sin obtener una respuesta. El soldado, que tenía la obligación de obedecerle, se limitó a asentir y correr hacia la niebla. Pudo escuchar disparos mecánicos, pero también gritos humanos. No tenía ganas de entrar allí, pero tenía que hacerlo. ¿Por qué? Cuando entrase, lo descubriría. Sí, tenía sentido. Además, el Teniente Coherente no tenía coherente en su nombre por pura casualidad. Aquel señor era tan inteligente que sus respuestas parecían completamente disparatadas. Bueno, a decir verdad, lo único que diferenciaba a un genio como él de un loco como cualquiera era que todos creían sus palabras, sin dudar en ningún momento de que tenía razón.

Una vez dentro de la masa de humo, pudo contemplar el fugaz paso de algunas sombras con formas humanas. Todas tenían un brazo más largo que otro, y del extremo de este, salían balas expulsadas con un potente estruendo. El soldado siguió corriendo, rodeado de gritos y disparos, sujetando la bolsa de plástico con todas sus fuerzas. Las plantas de sus pies rebotaban continuamente en las duras suelas de sus botas. Sus pantalones, que se caían cada vez más rápido, le obligaban a llevarse las manos a la cintura. Su camiseta blanca, que parecía más bien un camisón, ondeaba al viento como si fuese una de esas banderas que todos honran pero cuyos orígenes habían quedado olvidados. Y en su rostro, nerviosos y bailarines a la vez, sus ojos danzaban en el interior de sus órbitas. – ¡Compañeros! ¡Aliados! ¿Alguien puede darme un arma? – No recibió ninguna respuesta, aunque tampoco esperaba lo contrario. Se limitó a continuar brincando entre las peligrosas rocas y saltando sobre los huecos que parecían pequeñas trincheras. – ¡Soy de los vuestros! ¡Me envía el Teniente Coherente!

Nada más decir aquello, una mano le agarró de la camiseta y tiró de él con una fuerza que le dejó paralizado. Entró en un claro donde la niebla no era más que un grisáceo muro que le impedía ver el exterior. Su cabeza dio varias vueltas. El suelo estaba cubierto de pequeñas y afiladas piedras. La brisa se movía casi tan rápido como las balas que cruzaban de vez en cuando la repentina habitación. El cielo, sin embargo, seguía

escondido detrás de una capa de niebla. – ¿Crees que puedes entrar en un campo de batalla gritando a tus enemigos que no tienes armas?

El soldado se dio media vuelta y descubrió a un hombre de su tamaño, cuya ropa quedaba también extremadamente grande. – ¿Eres amigo? ¿Puedes darme un arma?

La mirada del extraño se clavó en la bolsa de plástico. – Ahí tienes un montón de armas, ¿por qué quieres otra?

El soldado abrió la bolsa de plástico y miró en su interior. – ¿Armas? Hay una calculadora... Una manzana... Cuatro libros... Parece la mochila de un niño.

-Es la mochila de un niño.

El soldado se encogió de hombros y volvió a cerrar la bolsa. – ¿Y desde cuando eso es un arma? Y por cierto, ¿se puede saber quién eres?

-Mi nombre es Raso. – Un soldado gritó detrás de él, por lo que se dio media vuelta, apuntó hacia la niebla con su arma, y disparó una letal bala que convirtió el grito de guerra en un alarido. – Vamos, tenemos que ganar esta batalla. Si lo conseguimos, el Teniente Coherente podrá empezar una nueva guerra. Esta ya es bastante aburrida. ¿Tú cómo te llamas?

-Mi nombre también es Raso... - Tras una pausa en la que ambos se miraron como si tuviesen delante un espejo, el soldado sacudió su cabeza y retomó la palabra. – Hace tiempo me llamaban Peón, así que puedes llamarme de esa forma.

Raso recargó su arma y comenzó a caminar hacia la niebla. – Está bien, utiliza tus armas cuando sea estrictamente necesario, no las malgastes.

Peón agarró la bolsa con ambas manos y siguió a Raso, que parecía estar seguro de lo que estaba haciendo.

*

Raso golpeó con el arma a un soldado y lo tiró al suelo. Con unas señas, le ordenó a Peón que se cubriese detrás de un muro de cemento, y este obedeció como si su compañero fuese el mismísimo Teniente Coherente. – Estamos rodeados de niebla, ¿crees que es realmente necesario cubrirse detrás de esto?

Raso disparó varias balas hacia la nada y tras un giro rápido, se colocó de cuclillas a su lado. Le señaló la bolsa de plástico, pero Peón no comprendió su petición. – ¿Puedes dármela un momento? Quiero ver todas las cosas

que hay.

Peón se negó rotundamente. – Tú tienes tu arma, no voy a darte la mía también.

Raso arqueó una ceja e intentó arrebatársela, pero Peón retrocedió rápidamente. – ¿Estás hablando en serio? Solo quiero ver cuáles son nuestras opciones, nada más.

Peón frunció el ceño y rodeó la bolsa con ambos brazos. – Cuando tengamos enemigos, sabrás las opciones que tenemos, ¿no es así como funciona? Teniente Coherente dice que...

Raso le calló con un tajante ademán y se sentó con la espalda apoyada en el muro de cemento. – Ya, ya lo sé. "La razón de una guerra sirve para terminarla, no para empezarla. No hace falta tomarse todo lo que dice ese loco al pie de la letra.

Peón miró a su alrededor para comprobar que nadie estaba escuchando aquella conversación. – ¿"Ese loco"? Teniente Coherente es un genio.

Raso apartó la mirada y se levantó, apoyándose con el arma como si fuese un bastón. – Está bien, lo que tú quieras. Venga, vamos a ayudar a nuestros aliados.

Peón suspiró y se levantó, asegurándose en todo momento de proteger la bolsa de plástico de manos ajenas. – Te sigo.

Raso asintió. – Me sigues.

*

Después de estar un rato caminando a través de la espesa niebla, volvió a abrirse delante de ellos un claro. Sin embargo, a excepción del anterior, en este ya había alguien descansando de la batalla. El dormido desconocido, apoyado con dejadez sobre el sucio suelo de una trinchera, llevaba una larga bata que le servía como edredón.

Raso le susurró a Peón unas palabras y ambos se detuvieron al lado del extraño. – ¿Crees que es enemigo?

Peón se encogió de hombros. – ¿Cómo podemos saberlo con certeza?

Raso fue a rascarse la barbilla, pero acabó golpeándose con el cañón de su arma. Pero, antes de que Peón pudiese percatarse del accidente, se alejó la pieza de metal y prosiguió como si nada hubiese pasado. – Teniente Coherente suele decir que las personas que están durmiendo no son enemigas, porque no pueden hacerte daño. Creo que deberíamos

despertarle y, en caso de que nos ataque, ya sabes lo que tenemos que hacer.

Peón aprobó la proposición con un ligero movimiento de cabeza y metió una mano en la bolsa de plástico. – Ya sé cómo podemos despertarle desde lejos, sin correr el riesgo de que se despierte y nos sorprenda con un arma escondida. – Con un gesto orgulloso, sacó la manzana y la elevó sobre su cabeza. – Dicen que un científico descubrió así la luz.

Raso se fue a rascar la barbilla, pero volvió a golpearse con el cañón del arma. – Creo que sé a lo que te refieres... ¿Pero no fue la gravedad lo que se descubrió?

Peón se encogió de hombros y se preparó para lanzarle la fruta al científico. – Si te digo la verdad, nunca he sabido cuál es la diferencia. Después de todo, son cosas que nos rodean, que pasan rápido y de las que dependemos todo el tiempo. Que se llamen de forma diferente es algo que nunca me ha importado demasiado.

Raso apuntó al científico con el arma y se preparó para lo peor. – Está bien, lánzase ya.

Peón se colocó al lado de Raso y lanzó la manzana hacia arriba. Esta dibujó una parábola en el aire y se estrelló en el tranquilo rostro del extraño, que dio un brinco y se levantó lo más rápido que pudo. Sin embargo, antes de poder mantenerse en equilibrio, sus pies se resbalaron con su bata blanca y cayó de cara en el suelo, con un grito de dolor que quedó enmudecido por el suelo de la trinchera. – Venimos de parte del Teniente Coherente, ¿eres enemigo?

El científico giró sobre sí mismo y se apoyó en una de las paredes rocosas que le rodeaban, quedando de cara a los dos soldados. – Soy amigo, soy amigo. Si no me creéis, preguntadle al Teniente Coherente y él confirmará mis palabras.

Peón no se mostró escéptico, al contrario, adoptó al instante una actitud amistosa. – ¿Cómo te llamas?

-¿Eso importa? Estamos en guerra, debéis salir de una vez y continuar luchando. Casi puedo escuchar desde aquí los disparos.

Una bala atravesó la niebla y pasó entre Raso y Peón, que hablaron al unísono. – Es normal que los escuches, porque estás dentro del campo de batalla.

El científico se levantó con dificultades y miró a su alrededor. – ¿Cómo he llegado yo aquí? Recuerdo mi laboratorio... Recuerdo estar rodeado de mis

experimentos... Recuerdo mis documentos...

Raso no compartió la personalidad de Peón y mantuvo el arma en su posición. – Tienes la mirada de un mentiroso. ¿Pretendes que nos creamos que has aparecido aquí por arte de magia? Seguro que eres un enemigo o un traidor.

Peón se agachó para coger la manzana y se la entregó al confuso científico. – Está bien, vamos a hacer un trato para asegurarnos de que no nos vas a traicionar. Cuando nos vayamos, deberás empezar a comerte esta manzana, y cuando estés a punto de acabar, deberás esperar nuestra llegada para poder comerte la última pieza. De esa forma estarás entretenido y no podrás atacarnos.

Raso negó con la cabeza. – Eso no tiene ningún sentido. Si es un traidor, puede tirar la manzana al suelo y dispararnos por la espalda.

Peón se quedó quieto, pensando en una solución para aquella situación. Entonces, su rostro se iluminó y se giró hacia Raso. – Ya sé lo que podemos hacer. Tú te quedarás aquí apuntándole mientras él se come la manzana, y entonces yo seguiré mi camino a través de la batalla. Tú te asegurarás de que cumpla con su parte hasta que regrese, ¿te parece bien?

Raso se rascó la barbilla, esa vez con la mano que tenía libre. – Yo tengo un arma, ¿no debería ir yo?

Peón sonrió y le mostró la bolsa de plástico. – ¿No decías que esto era un arma también?

Raso se mostró algo molesto por aquella frase, pero no tuvo más opción que reconocer su razón. – Vuelve lo más rápido que puedas. Este científico parece algo estúpido, pero sigue siendo un científico. No tengo ni idea de lo que puede hacerme usando su creatividad.

Peón asintió y pasó al lado del científico, decidido a atravesar la niebla en solitario.

*

Raso, al que hace tiempo llamaban Peón, dio un salto para esquivar una piedra más grande de lo normal y cuando aterrizó en el suelo, volvió a estar dentro de un claro. Oyó varias voces, por lo que tomó la rápida decisión de esconderse detrás de una pared de metal. Esta estaba pintada con varias tonalidades de óxido que le daban un aspecto militar, bastante familiar después de todo lo que había tenido que ver para llegar hasta allí.

-Te he dicho que faltan cinco.

-Faltan cuatro.

-Son siete, deberíamos tener diez, obviamente faltan tres.

-No, ahí te equivocas, deberíamos tener once.

Raso entrecerró los ojos, intentando comprender la discusión que estaba dando lugar al otro lado de la pared metálica.

-Son ocho, necesitamos doce. Recuerdo que eran ocho proyectiles, porque el Teniente Coherente dijo que había ocho antiaéreos que destruir.

Al oír aquello, Raso salió de su escondite. Cinco soldados armados le apuntaron a la vez, con unas miradas inundadas por la sorpresa y la confusión. – ¿Y tú quién eres?

-Soy Raso, soldado del Teniente Coherente. Por lo que veo, somos aliados. ¿Por qué estáis discutiendo?

Uno de los soldados señaló hacia la pared de la que acababa de salir, y al girarse, Raso se percató de que era un enorme tanque de guerra. – El Teniente Coherente nos ordenó que cargásemos este trasto con las balas necesarias para ejecutar la misión, y por si acaso, cuatro de más.

Raso asintió, pero no consiguió ver la razón de la discusión. – ¿Cuántos proyectiles habéis metido ya?

Otro de los soldados se llevó el arma a la espalda. – Ese es el problema, que no nos ponemos de acuerdo. Ninguno de nosotros se acuerda de cuantos llevamos, porque nadie ha estado contando.

-Sí que nos acordamos, llevamos ocho.

-No, llevamos siete.

-Ya lo dije antes, llevamos cinco y necesitamos doce, por lo que aún faltan siete.

Raso se colocó delante de un carro donde había una pila de proyectiles metálicos. – ¿No podéis abrir el tanque y ver cuántos lleváis?

-No hace falta, llevamos siete.

-No, llevamos ocho.

-¡Llevamos cinco!

Raso suspiró y dejó caer la bolsa en el suelo. Con la expresión llena de angustia, se giró hacia el gran tanque de guerra y posó una mano sobre la manilla de la puerta, que tras varios intentos, no cedió a sus intenciones.
– ¿Podéis abrirlo?

-No hace falta, llevamos cinco.

-No, llevamos cuatro.

-No, llevamos diez.

Raso se giró hacia los soldados. – ¿A qué viene eso ahora? Os he preguntado si podéis...

-Llevamos cuatro.

-No, llevamos cinco.

-No, llevamos ocho, faltan cuatro.

Raso soltó una maldición en forma de grito y pasó entre los soldados con un gesto de enfado que les habría hecho titubear si no hubiese sido porque seguían totalmente centrados en su inútil discusión. Pero, cuando se dispuso a recoger la bolsa de plástico, descubrió que había desaparecido. – ¿Quién ha cogido la bolsa que acabo de poner aquí?

-Llevamos, cinco.

-No, llevamos ocho.

-No, llevamos diez.

Raso se dio media vuelta y le dio una patada a la pila de proyectiles, quejándose casi instantáneamente por el dolor que ascendió por sus huesos hasta estallar en lo más alto de su cabeza con un martilleo de varios segundos. – ¿Vais a parar de una vez?

-Llevamos diez.

-No, llevamos ocho.

-No, llevamos cinco.

Raso cogió uno de los pesados proyectiles y lo lanzó hacia el centro de la discusión. – ¿Qué necesitáis para poder callaros de una vez?

-Llevamos ocho.

-No, llevamos diez, faltan dos.

-No, llevamos cinco.

Uno de los soldados estiró el brazo y mostró una calculadora. – Con esto os demostraré lo equivocados que estáis.

Raso se acercó a él y le arrebató la calculadora. – Esto estaba en mi bolsa, ¿has sido tú el que la ha cogido?

El soldado se mostró confuso, como si no comprendiese la pregunta. – Yo no he visto ninguna bolsa, esto estaba en el suelo, sobre unas pisadas.

Raso le devolvió la calculadora en un gesto parecido a un empujón y le apartó sin la necesidad de decir una palabra. Tan solo le dirigió una mirada asesina y el soldado se hizo a un lado, señalándole las pisadas a las que se refería. – ¿De quién son estas huellas?

-Haces demasiadas preguntas, ¿cómo es que el Teniente Coherente te ha dejado formar parte de nuestras filas?

Raso comenzó a seguir las pisadas, dejando atrás el estresante sonido que producía la molesta discusión. Debía recuperar aquella bolsa de plástico, era la única forma que tenía de defenderse de los enemigos en el interior de aquella tenebrosa y espesa niebla.

*

Empezaba a cansarse de caminar en vano. Las huellas continuaban, una tras otra, como si su dueño nunca sintiese la necesidad de descansar. La silueta que dejaban sus botas le resultaba bastante familiar, pero eso solo se convirtió en una razón más para seguir caminando. Entonces, cuando sus piernas empezaron a dolerle, pudo oír la voz de alguien al otro lado de la espesa nube. – ¡Compañeros! ¡Aliados! ¿Alguien puede darme un arma? ¡Soy de los vuestros! ¡Me envía el Teniente Coherente!

Raso abrió los ojos de par en par al ver la sombra humana de la que procedían los gritos. Sin pensárselo dos veces, se abalanzó sobre él y le agarró de la camiseta. Con un fuerte tirón, lo llevó hasta un claro, donde pudo ver su rostro. Sin embargo, sus ojos se clavaron inmediatamente en la bolsa de plástico. Efectivamente, aquel soldado era el ladrón. Pero cuando iba a reclamar su bolsa, sus ojos vieron lo nervioso y confuso que estaba aquel desconocido, por lo que decidió comportarse de forma

amistosa. Lo único que se le ocurrió, intentando iniciar una conversación, fue tratar de corregir su poca experiencia en el campo de batalla tal y como había hecho el otro Raso un rato antes con él. – ¿Crees que puedes entrar en un campo de batalla gritando a tus enemigos que no tienes armas?

El soldado, tras dar varias vueltas, se topó con él y se sobresaltó. – ¿Eres amigo? ¿Puedes darme un arma?

Raso arqueó una ceja, el rostro de aquel soldado le resultaba extremadamente familiar, como si fuese alguien a quien había visto más veces de las que podía recordar. Sin embargo, se limitó a señalar la bolsa y corregirle de nuevo. – Ahí tienes un montón de armas, ¿por qué quieres otra?

El soldado le entregó la bolsa con las manos temblorosas. – Cógela si eso es lo que crees. Ahí no hay armas, solo objetos inútiles. ¿Cómo te llamas?

-Mi nombre es Raso.

La mirada del soldado se hizo algo incrédula al oír aquello. – Yo también me llamo Raso, aunque hace tiempo me llamaban Peón, así que puedes llamarme así.

Raso cogió la bolsa de plástico. Aquello era bastante curioso, a él también le habían llamado Peón de pequeño. Aun así, había cosas más importantes que hacer, por lo que decidió no comentar nada al respecto. – Puedes acompañarme si quieres, voy a volver con mi compañero y así podrás intercambiar su puesto con él, seguro que prefieres eso a estar caminando por la niebla.

*

Ambos caminaron a través de la espesa nube, rodeado de la lluvia de disparos. Algunas balas pasaban muy cerca de ellos, dejando sus tímpanos convertidos en un redoble de tambor. Esquivaron las rocas que había en el suelo, que parecían estar colocadas allí a propósito, para derribar a los que no estaban atentos. Por suerte, consiguieron llegar de nuevo a las trincheras donde esperaba el confuso científico. Este se quitó la manzana de la boca, que había sido reducida a la mitad, y miró a los soldados desde su sitio. – Aún no me la he comido, pensé que ibas a tardar más. – Raso buscó con la mirada a su compañero, que debería estar apuntando al científico con su arma. – ¿Qué buscas?

Raso le miró y este le dio un nuevo bocado a la manzana. – Busco a mi

compañero, el que se quedó aquí apuntándote.

-¿Buscas a Raso?

El ladrón le dirigió la mirada. – No, él es Raso.

Raso sonrió. – Es que él también se llama Raso.

El ladrón asintió, asimilando el dato. – Yo también me llamo Raso.

El científico le dio otro ruidoso bocado a la manzana. – Antes de irse me dijo que hace tiempo lo llamaban Peón.

Raso se sorprendió, aunque intentó responder con la mayor tranquilidad posible. – A mí también me llamaban Peón hace tiempo.

El ladrón iba a decir exactamente lo mismo, pero Raso le detuvo antes de que pudiese comenzar la oración. – Vale, vamos a dejar de lado lo extraño que es eso y fijarnos en lo realmente importante... ¿Adónde fue Raso?

El científico dio otro bocado y una carcajada con la boca llena. – ¿Cuál de los tres?

-El Raso con el arma.

El científico señaló a un punto de la niebla y ambos tomaron el nuevo rumbo.

*

El Teniente Coherente recibió con una reverencia al camión de carga y vio como la pila de armas llenaba en pocos segundos todas las cajas de madera. – Esto está mejor. ¡Siguiente!

El soldado que reinaba la fila se giró hacia él y colocó las manos, esperando a que le entregase un arma, pero después de varias miradas, se dio cuenta de que el Teniente Coherente se había quedado completamente paralizado. No tardaron en nacer los murmullos de queja y confusión a sus espaldas, pero las voces no cambiaron el hecho de que estaba inmóvil. – ¿Está usted bien, señor?

Finalmente, los ojos del Teniente Coherente parpadearon como las alas de un colibrí y se reincorporaron junto al resto de su cuerpo. – Sí, estoy perfectamente, Raso. Es que acabo de recordar mi época de joven, ¿sabes cómo me llamaban hace tiempo?

*

Raso dio un último paso antes de entrar en un nuevo claro de la niebla. Delante de él, con una mirada llena de auténtico terror, estaba el Raso que le había agarrado al entrar en aquel espantoso lugar. El que debería estar apuntando al científico, ahora le apuntaba a él. Dejó caer la bolsa de plástico y subió las manos, intentando tranquilizarle, pero seguía pudiendo ver el interior del cañón desde su posición. Casi pudo ver la brillante bala que, con un gesto impulsivo, acabaría con su vida antes de poder evitarlo. – ¿Por qué te fuiste? Deberías haberme esperado.

El Raso armado empuñó con más fuerza el arma e hizo retroceder a los otros dos Raso, que intentaban idear algún plan de fuga. – Ese maldito científico me acaba de abrir los ojos. Esta niebla es un engaño, esta guerra es un engaño. ¿Has visto algún enemigo desde que has entrado?

El Raso de la bolsa de plástico intentó responderle con normalidad, pero su voz sonó más frágil de lo que hubiese podido imaginar. – No los he visto, pero he oído sus disparos.

Raso sacudió el arma. – No te has dado cuenta, igual que yo tampoco lo hice hasta que ese científico me lo explicó. Esos disparos son de aliados que disparan a las sombras que ven en la niebla pensando que son enemigos. Ellos son Raso. Todos somos Raso. El Teniente Coherente nos da armas y nos mete aquí porque cree que hay una guerra que librar, pero lo más seguro es que la guerra acabase hace mucho tiempo. Él sigue armando soldados porque cree que es lo correcto, y cada vez que alimenta esta niebla, hace que la batalla permanezca viva. Puede que él fuese también un soldado, quien sabe. ¿No has visto como divaga? Además, ¿no has visto lo mal que está la gente de la cabeza? Es como si todos formaran parte de un bucle que les ha vuelto locos. Los ingenieros que deberían conducir un tanque no saben contar ni las balas que faltan por meter, el científico que debería estar revolucionando el conocimiento está durmiendo en plena masacre.

El Raso de la bolsa de plástico arqueó una ceja. – ¿Cómo sabes lo de los soldados del tanque? Fui yo solo, tú estabas apuntando al científico en ese momento.

El Raso del arma le miró, más confundido que nunca. – ¿A qué te refieres? Yo vi a esos ingenieros el otro día. ¿Ves? Todo es muy extraño. Lo único que puedo hacer con esta cadena interminable es acabarla ahora mismo. – El cañón pasó de apuntar al Raso que tenía delante a apuntar a su propia cabeza.

Sin embargo, con un último grito de desesperación, el Raso de la bolsa de plástico retomó la palabra. – Tío, así es la vida. Me ha costado verlo, pero ahora lo comprendo. Antes de llegar, estamos en una fila, viendo

continuamente los fracasos y los aciertos de los que estuvieron antes que nosotros y fantaseamos sobre un camino perfecto en el que enseñarles lo bien que lo hemos hecho a los siguientes. Pero cuando llega el final de la fila, lo primero que hacemos es aceptar el arma que nos da un tío que dice ser superior, cuyas frases incoherentes se convierten en las complejas profecías de un sabio. Y una vez armados con lo que creemos bueno, salimos a la batalla como si ese fuera nuestro único destino. Pero donde debería haber una batalla que librar, solo hay una niebla que nos mantiene confusos hasta que un amigo nos acaba traicionando. En esta niebla no resiste el que mata, sino el que sobrevive. La ciencia duerme rodeada de muerte hasta que un golpe la hace despertar, para poder hacerse la salvadora una vez más aunque es lenta hasta para comerse una maldita manzana. Los matemáticos, ingenieros, físicos, todos están continuamente discutiendo sobre una ciencia que debería ser incuestionable, perfecta. Y el Teniente Coherente puede ser un loco, pero creo que una de las cosas que dijo no era del todo ilógica. "La razón de una guerra no sirve para empezarla, sino para terminarla". Cambia guerra por vida, y creo que tiene razón. La razón de la vida no sirve para empezarla, sino para terminarla. Y una vida no se deja a medias como lo vas a hacer si te disparas. La vida se acaba cuando ganas. La única forma de ganar la vida, es viviéndola.

Raso suspiró y dejó caer el arma en el suelo. – Todos somos la misma persona, ¿qué me dices de eso?

Raso dejó caer la bolsa de plástico. – Eso quiere decir que te has dado cuenta tú solito.